

Colección Eos



Biblioteca Sociológica Internacional

En volúmenes de 150 a 250 páginas :: En tela, 50 CÉNTIMOS el tomo

De venta en la Librería FALCÓ & BORRASÉ, San José, C. R.

- 1 *Siete ensayos*, R. U. Emerson, 2 tomos.
- 2 *Las leyes sociológicas*, G. de Greef, 1 t.
- 3 *Problemas sociales contemporáneos*, A. Loria, 1 t.
- 4 *La defensa de los trabajadores y la jornada de ocho horas*, C. Kautsky, 1 t.
- 5 *Filosofía y Sociología*, F. Giner de los Ríos, 1 t.
- 6 *Leopardi a la luz de la ciencia*, G. Sergi, 2 tomos.
- 7 *Esencia del Cristianismo*, A. Harnack, 2 tomos.
- 8 *Evolución de las creencias y de las doctrinas políticas*, G. de Greef, 2 tomos.
- 9 *La cuestión social es una cuestión moral*, Th. Ziegler, 2 t.
- 10 *El Jardín de Epicuro*, Anatolio France, 1 t.
- 11 *El Feminismo en las sociedades modernas*, E. González Blanco, 3 tomos.
- 12 *Los ideales de la vida*, W. James, 2 tomos.
- 13 *Concepto de la Sociología y un estudio sobre los deberes de la riqueza*, G. de Azcárate, 1 t.
- 14 *Razas superiores y razas inferiores*, N. Colajani, 3 ts.
- 15 *Sartor Resartus*, T. Carlyle, 2 tomos.
- 16 *El destino del hombre*, J. Fiske, 1 t.
- 17 *La conciencia criminosa*, M. Longo, 1 t.
- 18 *La ciencia de la educación*, R. Ardigó, 2 tomos.
- 19 *La sanidad social y los obreros*, I. Valenti Vivó, 2 ts.
- 20 *Antropología criminal*, E. Laurent, 1 t.
- 21 *Místicos y sectarios*, P. Rossi, 2 tomos.
- 22 *Nuevos delitos penales*, P. Dorado, 1 t.
- 23 *El Socialismo y el pensamiento moderuo*, A. Chiappelly, 2 tomos.
- 24 *Genealogía de los símbolos*, D. Ruiz, 2 tomos.
- 25 *La evolución humana individual y social*, G. Sergi, 2 ts.
- 26 *Política social y Economía política*, G. Schmoller, 2 ts.
- 27 *De los delitos culposos*, A. Angiolini, 2 tomos.



Todos los libros que se publiquen en esta sección están a la venta en la 7.^a Avenida Este, 42

OBRAS QUE RECOMENDAMOS

FRANCE (ANATOLE)

<i>Jocasta y el gato flaco</i>	¢ 2.00
<i>El pozo de Santa Clara</i>	2.00
<i>El libro de mi amigo</i>	2.00
<i>Opiniones de Gerónimo Coignard</i>	2.00
<i>El olmo del paseo</i>	2.00
<i>El maniquí de mimbre</i>	2.00
<i>El anillo de amatista</i>	2.00
<i>Crainqueville</i>	2.00
<i>La isla de los pingüinos</i>	2.00
<i>La camisa</i>	2.00
<i>Baltasar</i>	2.00
<i>La azucena roja</i>	2.00
<i>Los dioses tienen sed</i>	2.00
<i>La rebelión de los ángeles</i>	2.00
<i>El crimen de un académico</i>	2.00
<i>Abeja</i> (cuento infantil), pasta.....	1.25
<i>Juan Servien</i>	0.75
<i>El jardín de Epicuro</i> , pasta.....	0.50

MARTÍNEZ RUIZ (JOSÉ) «Azorín»

<i>Clásicos y Modernos</i>	2.00
<i>Al margen de los clásicos</i>	2.00
<i>Los valores literarios</i>	2.00
<i>Los Pueblos</i>	2.00
<i>El Licenciado Vidriera</i>	1.75
<i>Un discurso de La Cierva</i>	1.75
<i>Un pueblecito</i>	1.75
<i>Las confesiones de un pequeño filósofo</i>	1.50
<i>El político</i>	1.50
<i>Antonio Azorín</i>	0.75
<i>La Voluntad</i>	0.75

ZORRILLA DE SAN MARTIN (JOSÉ)

<i>Tabaré</i>	1.30
---------------------	------

COLECCIÓN EOS

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS, Editor

NOVEDADES DE ESTA SEMANA



LOS GRANDES PENSADORES

A treinta céntimos tomo

PÁGINAS ESCOGIDAS, Víctor Hugo.

LAS CLASES JORNALERAS, Pí y Margall.

MISCELÁNEA FILOSÓFICA, Voltaire.

LA PROPIEDAD, P. J. Proudhon.

CRÍTICA DEL CRISTIANISMO, F. Laurent.

TEMAS VARIOS, Eduardo Benot.

EL HOMBRE Y LA TIERRA, (frag.) E. Reclus.

LAS CIENCIAS HISTÓRICAS Y LAS CIENCIAS

NATURALES, E. Renan y M. Berthelot.

CRÍTICA SOCIAL, Emilio Zola.

DE LOS JESUÍTAS, J. Michelet.

Séptima Avenida, Este, número 42.

El problema de la Enseñanza

Al principio, el laicismo satisfacía suficientemente las aspiraciones populares. Pero cuando se fué comprendiendo que en las escuelas laicas no se hacía más que poner el civismo en lugar de la religión, el Estado en lugar de Dios, surgió la idea de una enseñanza ajena a las doctrinas así religiosas como políticas. Entonces se proclamó por unos la escuela neutral, por otros la racionalista.

Las objeciones a estos nuevos métodos no faltan, y a no tardar harán también crisis las denominaciones correspondientes.

Porque, en rigor, mientras no se disciplinan perfectamente enseñanza y educación, cualquier método será defectuoso. Si redujéramos la cuestión a la enseñanza, propiamente dicha, no habría problema. Lo hay porque lo que se quiere en todo caso es *educar*, inculcar en los niños un modo especial de conducirse, de ser y de pensar. Y contra esta tendencia, toda imposición, se levantarán siempre cuantos pongan por encima de cualquier finalidad, la independencia intelectual y corporal de la juventud.

La cuestión no consiste, pues, en que la escuela se llame laica, neutral o racionalista; o, según nuevas y posibles denominaciones, naturalista, realista, etc. Esto sería un simple juego de palabras trasladado de nuestras preocupaciones políticas a nuestras opiniones pedagógicas.

El racionalismo variará y varía al presente según las ideas de los que lo propagan o practican. El neutralismo, por otra parte, aun en el sentido relativo que debe dársele, queda a merced del preceptor según el grado en que sea capaz de permanecer libre y por encima de sus propias ideas y sentimientos. Mientras enseñanza y educación vayan confundidas, la tendencia, ya que no el propósito, será modelar la juventud conforme a fines particulares y determinados.

Pero en el fondo la cuestión es más sencilla si se atiende al propósito real más que a las formas externas. Alienta en cuantos se pronuncian contra la enseñanza religiosa, el deseo de emancipar a la infancia y a la juventud de toda imposición y de todo dogma. Vienen luego los prejuicios políticos y sociales a confundir y mezclar con la función instructiva, la misión educativa. Pero todo el mundo reconocerá llanamente que tan sólo donde no se haga o pretenda hacer política, sociología o moral y filosofía tendenciosas, se dará verdadera instrucción, cualquiera que sea el nombre en que se ampare.

Y precisamente porque cada método se proclama capacitado no sólo para enseñar sino también para educar según principios preestablecidos y tremola en consecuencia una bandera doctrinaria, es necesario que hagamos ver claramente que si nos limitáramos

a instruir a la juventud en las verdades adquiridas, haciéndoselas asequibles por la experiencia y por el entendimiento, el problema quedaría de plano resuelto.

Por buenos que nos reconozcamos, por mucho que estimemos nuestra propia bondad y nuestra propia justicia, no tenemos mejor derecho que los de la acera de enfrente para hacer a los jóvenes a nuestra imagen y semejanza. Si no hay el derecho de sugerir, de imponer a los niños un dogma religioso cualquiera, tampoco lo hay para aleccionarlos en una opinión política, en un ideal social, económico o filosófico.

Por otra parte, es evidente que para enseñar primeras letras, geografía, gramática, matemáticas, etc., tanto en su aspecto útil como en el puramente artístico o científico, ninguna falta hace ampararse en doctrinas laicistas o racionalistas que suponen determinadas tendencias y, por serlo, contrariarías a la función instructiva en sí misma. En términos claros y precisos: la escuela no debe, no puede ser ni republicana, ni masónica, ni socialista, ni anarquista, del mismo modo que no debe ni puede ser religiosa.

La escuela no puede ni debe ser más que el gimnasio adecuado al total desarrollo, al completo desenvolvimiento de los individuos. No hay, pues, que dar a la juventud ideas hechas, cualesquiera que sean; porque ello implica castración y atrofia de aquellas mismas facultades que se pretende excitar.

Fuera de toda bandería hay que instituir la enseñanza, arrancando a la juventud del poder de los doctrinarios, que se digan místicos o que se digan

revolucionarios. Verdades conquistadas, universalmente reconocidas, bastarán a formar individuos libres intelectualmente.

Se nos dirá que la juventud necesita más amplias enseñanzas, que es preciso que conozca todo el desenvolvimiento mental e histórico, que éntre en posesión de sucesos e ideales sin cuyo aprendizaje el conocimiento sería incompleto.

Sin duda ninguna. Pero estos conocimientos no corresponden ya a la escuela y es aquí cuando la neutralidad reclama sus fueros. Poner a la vista de los jóvenes, previamente instruidos en las verdades comprobadas, el desenvolvimiento de todas las teologías, de todos los sistemas filosóficos, de todas las formas de organización pasadas, presentes y futuras, de todos los hechos cumplidos y de todas las idealidades, será precisamente el complemento obligado de la escuela, el medio indispensable para suscitar en los entendimientos, no para imponer, una concepción real de la vida. Que cada uno ante este inmenso arsenal de hechos y de ideas, se forme a sí mismo. El preceptor será fácilmente neutral, si está obligado a enseñar, no a dogmatizar.

Es cosa muy distinta explicar ideas religiosas a enseñar un dogma religioso; exponer ideas políticas a enseñar democracia, socialismo o anarquía. Es necesario explicarlo todo, pero no imponer cosa alguna por cierta y justa que se crea. Sólo a este precio la independencia intelectual será efectiva.

Y nosotros, que colocamos por encima de todo la libertad, toda la libertad de pensamiento y de acción; que proclamamos la real independencia del individuo,

no podemos preconizar, para los jóvenes, métodos de imposición, ni aun métodos de enseñanza doctrinaria.

La escuela que queremos, sin denominación previa, es aquella en que mejor y más se suscite en los jóvenes el deseo de saber por sí mismos, de formarse sus propias ideas. Donde quiera que esto se haga, allí estaremos con nuestro modesto concurso.

Todo lo demás, en mayor o menor grado, es reparar los caminos trillados, encarrilarse voluntariamente, cambiar de andadores, pero no arrojarlos. Y lo que importa precisamente es arrojarlos de una vez.

R. M.

Emilio Faguet

(Ecos de la prensa de Colombia)

Viejo y noble pensador, Emile Faguet, el académico más erudito, más universal, de cuantos se sentaban en las sillas de los Inmortales, deja huérfana una gran familia intelectual, que tenía ramificaciones en todos los Continentes. Espíritu el más noble, el más amplio, el más liberal de cuantos en los últimos treinta años se dieron a la crítica, se distinguió por su insaciable curiosidad, por su maravillosa penetración, por la enorme capacidad para analizar, disociar, exponer y propagar ideas.

Sociólogo en los últimos diez o quince años, moralista doblado de psicólogo, comentador de cien tesis

políticas, denunció el *culto de la incompetencia* y el *horror a las responsabilidades* que son característicos de las democracias modernas. Puso de presente las inconsecuencias lógicas del hombre, la incompatibilidad de términos que salen de una misma boca como si fuesen hermanos, la ironía del destino, que con el simple desarrollo de un principio conduce, a quien lo proclama, precisamente al terreno del cual ese principio tendía a separarlo.

Mostró el engaño de muchas fórmulas sonoras y de muchas palabras doradas. Pero se dió cuenta también de su eficacia en aquellos casos en que el sentimiento busca certeramente lo que puso en la fórmula, aunque la fórmula no exprese la verdad del sentimiento y sea por tanto errónea. Habló de *prejuicios necesarios*, que él mismo llamó con otro nombre *ilusiones bienhechoras*. Enseñó al mundo otros diez mandamientos. Vibró con el azote de la guerra y puso en una frase, que revela algo sublime, su corazón de patriota: «Los jóvenes luchan y sufren en... tal parte. ¡Qué triste es estar viejo!» Enseñó la tolerancia, el liberalismo auténtico, el que tiene por fin asegurar la libertad del individuo contra toda clase de opresiones sociales y políticas y se resuelve en absoluto respeto por las personas y entidades que defienden la idea que se combate. Lanzó sobre el planeta chispas de genio. Y luego se hundió sin aspavientos, sin actitudes teatrales, pidiendo solamente que le hicieran funerales sencillos.

L. E. NIETO CABALLERO

* * *

¡Ah! No suelen ser muy amados los escritores que se consagran a la crítica, sobre todo a la teatral.

Si alaban, no se les agradece, porque el encomiado juzga archimercedidas sus alabanzas.

Si censuran, se les odia, porque jamás el vapuleado conviene en la justicia de los azotes que le infligieron.

Si callan, se atribuye a treta su omisión, y se dice que practican el complot del silencio...

Sin embargo, en Francia ha muerto recientemente Emilio Faguet, crítico, y crítico de teatros, y he aquí cómo da la triste noticia uno de los más celebrados comediógrafos franceses, Mauricio Donnay:

«Yo sé que ustedes (el gran público) eran amigos de Faguet, y que al saber su muerte han tenido una gran pena».

¡Hasta en esto fué excepcional el insigne historiador de «La literatura francesa en el siglo XIX»!

Los epítetos de «bueno», «encantador», «original», iban siempre adosados a su nombre en tertulias literarias, en saloncillos de teatros, en librerías, en camerinos de artistas y de actores... Saint-Beuve, su antecesor directo, aquel cuyo hueco vino a llenar Faguet en la república de las letras, no tuvo igual suerte, según sus biógrafos, sino la diametralmente contraria... ¡Hombre más aborrecido de los otros hombres y menos amado de las mujeres! Fué el infierno en vida del paradójico autor de «Volupté»...

Pero volvamos a Faguet. De extraordinaria erudición, de talento muy profundo, asiduo en el trabajo, fácil de estilo, porque escribir constituía un placer para su entusiasmo artístico, que jamás decayó, fué, ante

todo y sobre todo, un «tipo», un «excéntrico». Especie de «estudiante honorario y perpetuo», nunca dejó de residir en el barrio latino, ni en el lenguaje familiar renunció a su jerga...

Cuando escribía las críticas teatrales en el «*Journal des Debats*», afirmaba que sus éxitos eran debidos a que casi todos los teatros estaban del lado allá del río. El paseo forzoso que para volver a su casa había de dar, atravesando medio París, decía le inspiraba. Al pasar por un puente solitario, entre doce y una y media, en un simón cuyos cristales trepidan, y bajo un cielo estrellado o nuboso, al entrever la mole de Notre Dame, cuyos aspectos, tan múltiples, le eran tan familiares, «sintió» muchas veces la obra dramática cuyo estreno acababa de presenciar, y planeó los finos y vibrantes estudios que le llevaran bajo la cúpula de los inmortales...

RAFAEL ROTLLAN

* * *

Faguet nació el 17 de Diciembre de 1847, en La Roche-sur-Yon. Estudió en Poitiers y en París; pasó por la escuela Normal; en 1883 recibió el título de doctor en Letras, para lo cual presentó una magnífica tesis sobre los versos líricos de Prudencio, y después de desempeñar cátedras en diversos liceos, dentro y fuera de París, ocupó la cátedra de poesía francesa en La Soborna. En 1886, en *Le Soleil*, comenzó a publicar estudios críticos, pero fué sólo después de su elección para la Academia francesa cuando alcanzó notoriedad.

El 18 de Abril de 1901 entró a ocupar un sillón

bajo la Cúpula y su discurso fué contestado por Monsieur Emile Ollivier, quien por cierto casi no se ocupó en su discurso del beneficiario. Algunos años después alguien preguntaba a Faguet qué le había dicho M. Ollivier al recibirlo en la Academia.

—No recuerdo bien—contestó Faguet—. Por lo demás él habló muy poco de mí.

—¿Entonces de quién habló?

—De Dios...

Su discurso de recepción en la Academia principiaba de una manera curiosa. «Señores, dijo, os doy las gracias. Me he preguntado qué fórmula de gratitud podría seros más agradable, y me ha parecido que debía ser la más sencilla. Os doy las gracias. Habéis colmado una ambición que me conocía de tiempo atrás y habéis ganado un reconocimiento que yo tenía la imprudencia de reservaros hacia tiempos».

Chile y la guerra europea

(Extracto)

I

En las estadísticas de la emigración europea hacia la América latina, Chile figura con cifras muy bajas, inferiores aun a las de países que se hallan bajo clima y en condiciones de progreso menos aptos para atraer al emigrante.

Su posición geográfica de aislamiento entre la Cordillera de los Andes, que sólo en 1910 ha sido perforada por un ferrocarril, y el Océano Pacífico al cual había que llegar

dando la vuelta por el Estrecho de Magallanes, ha hecho de Chile un país de difícil acceso.

Su clima y su topografía hacen necesaria en Chile una lucha ruda con la naturaleza para arrancarle sus tesoros agrícolas o mineros, lo que no permite la creación de fortunas rápidas como las que sueñan los emigrantes.

Este mismo aislamiento y esta necesidad de un esfuerzo prolongado, han hecho la raza chilena, algo insular en su orgullo nacional y en su fanático y noble apego a la tierra natal, desconfiada del extranjero, sin dejar de ser hospitalaria y generosa, y resuelta a conservar la pureza de la nacionalidad.

II

Desde los comienzos de su existencia como país libre, Chile recibió la influencia de Francia y de Inglaterra. Marinos ingleses organizaron la escuadra chilena; soldados franceses pelearon en las batallas de la Independencia; libros, ideas e irradiaciones francesas inspiraron los primeros movimientos intelectuales, y principios británicos de libertades públicas fueron incorporados en nuestra Constitución política.

La instrucción pública fué organizada según ideas importadas de Francia, y las generaciones que dieron a la República su primera fisonomía estudiaron en textos traducidos del francés la historia, la filosofía, el derecho, las ciencias físicas. Compartían este favor los economistas ingleses de la gran escuela liberal cuyas doctrinas difundió en el país un profesor francés, M. Courcelle-Seneuil. Eran los tiempos en que un miembro del Instituto de Francia, M. Claude Gay, escribía la historia de Chile, y otro francés, M. Aimé Pissis, levantaba el primer mapa completo del país y estudiaba su geografía física.

Los códigos chilenos tuvieron su origen en los franceses y nuestro Código Civil, obra maestra de genio jurídico, de ciencia original y sabia adaptación, está inspirado en el Código Napoleón. Nuestra jurisprudencia ha bebido y bebe en fuentes francesas.

Los precursores de la Independencia y los primeros hombres que bajo el régimen de libertad hablaron a sus

conciudadanos de doctrinas políticas tenían frescas las lecturas de los pensadores franceses del siglo XVIII. Más tarde el parlamentarismo inglés y la observación de la democracia americana no hicieron más que modificar esas tendencias sin alterar su esencia.

Las artes recibieron siempre influencias francesas desde que comenzaron los chilenos a interesarse en la pintura, la escultura y la arquitectura. En la música debemos a los italianos la formación del gusto. Aun las escuelas españolas de pintura no fueron bien estudiadas en Chile sino en los últimos años y por cierto que con mucho provecho para nosotros.

El que recorriera librerías o bibliotecas chilenas quedaría sorprendido de hallar en las mejores, mayor número de libros escritos en lengua francesa que en nuestra propia lengua española, sea en ciencias, en derecho, historia o literatura.

La lengua francesa ha sido obligatoria en los establecimientos del Estado para optar al grado de bachiller, y aun cuando en años posteriores se ha preconizado mucho la enseñanza del inglés y del alemán, la juventud chilena sigue prefiriendo el aprendizaje del francés. Casi no existe un hombre con alguna cultura intelectual, profesor, abogado, médico, ingeniero, político, escritor, que no pueda, por lo menos, leer francés y no se sirva de ésta lengua para sus estudios o su recreo.

Francia ha sido para los chilenos el centro de luz, la inspiradora cuyas manifestaciones intelectuales tenían el poder de universalizarse, de extenderse por el mundo con una facultad especial de adaptación a todos los pueblos de próximo o remoto origen latino.

Es menor, sin duda, el número de los chilenos que han recibido una influencia inglesa a causa de la dificultad del idioma y la misma originalidad de las instituciones y mentalidad británicas que las hace difícilmente asimilables para pueblos de nuestro origen. Pero su liberalismo, sus escue-



Podemos servir suscripciones de **TODOS** los números de "EOS", desde el primer cuaderno.

las económicas, su literatura y su arte han gozado de grandes simpatías y sido objeto de estudio y admiración.

III

Se podría escribir un libro en extremo interesante sobre la tentativa de penetración comercial e intelectual que los alemanes han hecho en Chile bajo los auspicios de su gobierno durante los últimos 25 ó 30 años.

La colonización alemana que el gobierno de Chile introdujo hacia la mitad del siglo XIX en la provincia austral de Valdivia, no forma parte de ese movimiento. Aquellos eran hijos de la vieja Alemania dividida en pequeños reinos, que dejaban sus respectivas naciones en crisis económica y política, en los días en que los sueños de los liberales germánicos, de los últimos idealistas que hubo en aquella raza, se desvanecían para dar lugar a las ideas que han producido la Alemania moderna.

Los colonos de Valdivia, en su mayor parte agricultores y pequeños industriales honrados y laboriosos, han vivido en paz en nuestra provincia, sin enseñar su idioma a sus hijos, que se hacían chilenos verdaderos, ajenos a las tendencias imperialistas que no habían conocido, contentos de convertirse en ciudadanos de una nación modesta pero libre. Como dice Lord Bryce, con una expresión que es mejor no traducir: «have settled down and become completely domesticated.»

La labor de penetración comienza con los profesores que el gobierno de Chile contrató en diversas oportunidades desde hace unos treinta y tantos años, aunque sólo se intensifica y se ajusta a un plan con el arribo a Chile, algunos años más tarde, de un numeroso grupo de oficiales alemanes contratados como instructores para el ejército por el general Korner, un ex-capitán alemán que después de pasar algunos años en Chile había llegado a ser, merced a su intervención en la guerra civil de 1891, el árbitro supremo de las instituciones militares del país.

El gobierno de Chile y sus consejeros seguían en esto la moda del día. La guerra de 1870 había despertado en todo el mundo, en Francia misma, el interés por todo lo alemán, ciencias, pedagogía, métodos militares, sistemas

comerciales e industriales. Eran los días en que escritores franceses discurrían sobre la inferioridad de las razas latinas y se afanaban por hallar el secreto de la superioridad de los anglo-sajones. Un gran soplo helado de desaliento, de desconfianza de sí mismo, pasaba por el mundo que engendró Roma.

Casi simultáneamente con la llegada a Chile de esos espléndidos elementos de propaganda, se establecieron en el país, Bancos alemanes, aumentó el número de las grandes firmas comerciales de esa nacionalidad, fué elevada la categoría de la Legación de Alemania en Chile, hasta entonces a cargo muchas veces de Cónsules que ejercían de Encargados de Negocios, se inició una activa labor diplomática a fin de interesar a los comerciantes alemanes en negocios chilenos, y se proclamó en todas las formas la simpatía que por Chile tenían el Emperador, el Gobierno y el pueblo de Alemania.

Los primeros profesores llegados a Chile hace treinta años venían por su propia iniciativa y eran seleccionados por los agentes del gobierno de Chile. Muchos de ellos están aún en el país al cual han ligado su vida, donde han hecho buena obra, y son hombres dignos de estimación.

Desde que Alemania comenzó a desplegar en una forma más franca su plan de predominio, de absorción, de conquista universal, cada vez que el gobierno de Chile quería contratar un alemán debía dirigirse al Gobierno del Imperio y era éste quien escogía al individuo designado para ir a nuestro país en calidad de instructor militar, de profesor, de ingeniero de ferrocarriles.

Los resultados fueron muy diversos. Muchos de los recién llegados obraban como agentes políticos y comerciales de Alemania, en vez de tratar de adaptarse al espíritu nacional y respetar la idiosincracia de nuestra raza, como lo habían hecho los primeros profesores cuyos servicios a la instrucción pública chilena nadie se atrevería a negar, estos otros representantes directos de la política del Imperio querían atropellarlo todo y dominar sin control.

Un instinto salvador produjo manifestaciones de resistencia de los elementos chilenos y con resultados prácticos.

Un profesor contratado para organizar el Instituto de Anatomía Patológica, a quien todos reconocían competencia en su ramo, tuvo que volver a Alemania porque ni los profesores ni los estudiantes chilenos pudieron tolerar su insolencia. Un ingeniero a quien se había confiado la Dirección General de los Ferrocarriles debió retirarse por su absoluta inhabilidad para adaptarse al carácter y maneras de ser de los chilenos. Y en ambos casos no procedía la resistencia de una ciega oposición al extranjero: el primero fué reemplazado con feliz éxito por un profesor italiano, y el segundo por un ingeniero belga que permaneció largos años en el cargo.

En medio de su avance comercial, que era grande en Chile como en todo el mundo, con el prestigio de sus triunfos militares del 70, origen de la moda de imitación de lo alemán, no obstante la acción eficaz de los instructores militares y los viajes de oficiales chilenos a Alemania, a pesar de sus profesores entre los cuales, lo repito, ha habido hombres que gozan de generales simpatías, y aun cuando eran muchos los chilenos que admiraban la potencia germánica de organización, los alemanes jamás han podido penetrar en el alma chilena.

Los agentes del plan de penetración no supieron hacer esfuerzo alguno para comprender el carácter nacional o adaptarse a sus necesidades, mostraron en muchos casos un orgullo ofensivo y no pocas veces hirieron los sentimientos chilenos por la exhibición de una conciencia de superioridad no bien justificada.

IV

Había en Chile antes de la guerra en los elementos intelectuales y directores una grande y profunda afición por Francia, por su cultura, su historia, su civilización cuyo contacto nos había ayudado a realizar el progreso de la República. Como ya he dicho, generaciones tras generaciones se habían formado bajo influencias casi exclusivas de la cultura francesa.

Estas simpatías llegaban hasta el fondo de las masas populares con quienes vivían tradicionalmente en armonía y mutua comprensión los residentes franceses.

Ni las relaciones políticas de los Gobiernos, que eran corteses pero frías, ni las comerciales que eran relativamente escasas, correspondían a este afecto fundado en una comunidad intelectual y moral.

En los últimos años, preciso es decirlo, la vida política francesa, que probablemente veíamos en Chile desfigurada por las exageraciones de la propia prensa francesa, había despertado en algunas personas, sinceras admiradoras de Francia, una impresión pesimista respecto de esta república. La agitación político-religiosa que acompañó y siguió a la aprobación de las leyes que separaron la Iglesia del Estado, produjo no sólo entre los conservadores, sino aun entre muchos liberales chilenos, un efecto penoso.

La Gran Bretaña gozaba en nuestro país de la admiración entusiasta que merecen sus instituciones políticas, y la evolución ampliamente democrática en que se veía entrar a ese país era seguida en Chile con vivo interés. Los ingleses residentes entre nosotros eran muy estimados y se les consideraba buenos factores de progreso, sin que la simpatía de que gozaban llegara a la franca popularidad y fusión íntima de los franceses.

Ambas nacionalidades se nos presentaban como cooperadoras de nuestro progreso, como auxiliares de nuestra riqueza y bienestar, sin que jamás ninguna de ellas nos dejara ver ambiciones de esas que despiertan recelos en los países débiles, porque su política, tanto la británica como la francesa, lejos de ser invasora o absorbente, era más bien negligente de los intereses que podían desarrollar en Chile.

Ya hemos dicho con qué sentimientos encontrados acogían los chilenos la penetración alemana, de cuyo plan de conjunto, sea dicho de paso, no se daba cuenta todavía el país. De un lado, admiración por sus métodos y el empuje irresistible con que los aplicaban, gratitud por la obra realizada en el Ejército, seducción de la fuerza que arrolla obstáculos. Del otro, una vaga inquietud, una especie de instinto popular que hacía resistir la germanización y desear que hubiera en Chile menos actividad alemana.

Si los alemanes no habían aprendido a conocernos, tam-

poco nosotros habíamos logrado entenderlos a ellos. La diferencia profunda de las razas, la oposición de sus ideales esenciales, la distancia entre una República muy liberal en sus instituciones y un Imperio militarista y autoritario, la dificultad del idioma, todo contribuía a que, a pesar de la labor impropia de sus agentes, la nación alemana continuara siendo para nosotros un enigma que sólo la guerra nos ha permitido descifrar por completo.

Conviene advertir todavía para dejar en toda su realidad este resumen de los sentimientos con que en Chile se miraba a los beligerantes, antes de la guerra, que en nuestro país se había desarrollado en los últimos tiempos una impresión pesimista acerca de la amistad que podíamos esperar de las naciones europeas en general. Se las acusaba a todas ellas, sin exceptuar a nuestra madre España, de juzgarnos mal, de no darnos el lugar que creíamos merecer, de confundir a Chile, país de orden y cuya historia puede ser examinada sin que haya en ella nada que nos sonroje, con otras repúblicas que han solido dar materia para la opereta y la canción.

La literatura, el arte, la prensa, las impresiones recogidas por los numerosos chilenos que volvían de Europa, confirmaban esta impresión, fruto en parte de una comprensible vanidad nacional, pero justificada hasta cierto punto por las defectuosas informaciones que en general ha habido respecto de la América Española.

En los años recientes la labor del «Groupement des Universités et Grandes Ecoles de France», del Comité France-Amérique, y de algunas organizaciones españolas tendían a una reacción saludable y mutuamente ventajosa.

V

Al tiempo de publicarse los primeros telegramas que anunciaban la declaración de guerra y la invasión del Luxemburgo y Bélgica por el ejército alemán, se produjo en Chile un grande apasionamiento y puede decirse que fueron raros los chilenos que habrían tenido el derecho de proclamarse neutrales en el fondo de sus conciencias.

Cada uno tomó el partido a que lo inclinaban sus sim-

patías, las tendencias de su espíritu, las doctrinas en que había basado su cultura.

Para nada entraban en este apasionamiento las consideraciones materiales, los intereses del comercio o de la industria. Los chilenos comprendieron desde el primer momento que estaban en presencia del choque pavoroso de dos formas de civilización, de dos maneras de entender el progreso, de dos doctrinas fundamentales que afectan a la humanidad entera.

La propaganda alemana fué en los comienzos activísima y adoptó un tono violento que debía hacerle luego mucho daño. Aparecieron periódicos especiales destinados a probar la justicia con que el Imperio Germánico lanzaba sobre Europa la maquinaria de su organización militar. Se explotó lo mejor que se pudo la admiración que muchas gentes tenían en Chile por el Ejército alemán, que conocían sólo en tiempo de paz y sobre el cual se había modelado el chileno.

Se llegó en esta campaña hasta intentar hacer aparecer al Ejército chileno, cuya popularidad en el país es muy merecida, como un centro de propaganda alemana, y con este objeto los agentes germanos dieron a luz un periódico cuya redacción se confió a dos españoles y que llevaba el título engañoso de «La Gaceta Militar», destinado a hacer creer fuera de Chile que era un órgano del Ejército.

Fué menester revelar fuera de Chile el verdadero carácter de esa publicación que en su tiempo dió mucho que hablar. En el país tales explicaciones eran innecesarias pues a nadie se le ocurría pensar que pudiera haber oficiales de nuestro Ejército mezclados en una labor que habría sido contraria a sus deberes más elementales y a los intereses primarios de su patria.

La prensa chilena adoptó una actitud reservada y serena, como correspondía a un país neutral y en el cual viven ciudadanos de todos los países beligerantes. Nuestros diarios han llevado aún demasiado lejos su respeto por los sentimientos de los grupos extranjeros que residen en Chile. Esto y un deseo de hacer justicia, de formarse un criterio propio, de dejar lo que los ingleses llaman *fair play*, hizo que los diarios chilenos, me refiero a la prensa que in-

fluye sobre la opinión, aparecieran en los comienzos de la guerra como descoloridos.

En algunos de ellos se aceptaron colaboraciones de uno y de otro lado que entablaban polémica o contestaban las apreciaciones de los corresponsales del diario.

Si es verdad que no hacían muchos comentarios editoriales, los diarios chilenos recibían en cambio abundantes noticias europeas, todo lo que la censura permitía, ensanchando en lo posible sus servicios ordinarios de información telégrafica, algunos de los cuales son excelentes.

Y cuando las comunicaciones postales perturbadas en los primeros días se regularizaron, comenzaron a publicarse los documentos de la guerra, las notas oficiales referentes a su origen, los informes acerca de la campaña alemana en Bélgica y en el norte de Francia, los detalles oficiales del tratamiento dado a las poblaciones civiles. Al mismo tiempo llegaban a Chile numerosos chilenos que habían estado en París, en Londres, al iniciarse las hostilidades y aparecían cartas de corresponsales chilenos que seguían el curso de los sucesos y completaban con comentarios las noticias telegráficas.

En suma, los diarios chilenos fueron poco a poco recogiendo documentos, acumulando material para formar juicio, trazando el cuadro enorme de la guerra y dando a la opinión los elementos necesarios para apreciar en conciencia los intereses humanos que estaban en juego.

La violación de la neutralidad del Luxemburgo y de Bélgica, la comparación de los documentos de la cancillería alemana con los que publicaban los Aliados, los métodos de guerra adoptados por el ejército alemán en Flandes y Francia, produjeron en Chile una indignación unánime. Ni una voz chilena se alzó, que yo sepa, para justificar aquellos hechos. Las defensas intentadas por la propaganda alemana no hallaron eco, hacia el fin del año 1914 la opinión chilena estaba orientada y se sentía ya que la mayoría del país reconocía que Alemania era responsable de la guerra y que su manera de conducirla estaba en contradicción con los principios esenciales de la civilización.

Sin embargo, la conciencia completa del sentido humano

de la lucha no se formaba todavía. La propaganda alemana era muy fuerte y la de los Aliados débil.

Los alemanes mismos se iban a encargar de hacer sentir en Chile que su triunfo sería un peligro para todos los pueblos del orbe que aspiran a vivir libres y a ser respetados.

VI

La guerra había arrojado a Chile en una profunda crisis económica. Ya hacía varios años que el organismo económico del país estaba muy debilitado y carecía de fuerzas de resistencia. El conflicto europeo paralizó todo nuestro comercio. Las exportaciones de nitrato de soda que dan al Estado la principal de sus rentas, fueron súbitamente interrumpidas. Varias docenas de miles de obreros que se ocupan en la extracción, elaboración y embarque de esta sustancia quedaron sin trabajo. Los agricultores del centro y del sur se vieron sin mercados para sus productos. Los comerciantes hallaron cortados sus créditos europeos y detenidas las remesas de mercaderías. El valor de cambio de la moneda chilena bajó a los límites de un desastre. El costo de la vida encareció en proporciones enormes.

Esta crisis no hubiera sido tan grave, porque habría sido de muy corta duración, sino mediara la circunstancia de que la mayor parte de los barcos de guerra alemanes que no se habían refugiado en el canal de Kiel, se reunieron en el Pacífico del sur y comenzaron a perturbar el tráfico de la marina mercante británica que hacía principalmente el comercio de Chile.

Esos cruceros, eficazmente ayudados por sus compatriotas residentes en Chile, hallaban manera de recibir carbón y viveres violando a cada paso la neutralidad de Chile, burlando la vigilancia de la pequeña escuadra chilena, llegando a interrumpir por completo toda actividad marítima en nuestros mares.

No era una empresa muy difícil porque la costa de Chile tiene más de 4.000 kilómetros de largo, está escasamente poblada y se quiebra hacia el Sur en un dedalo de canales, islas y fjords enteramente desiertos, que son un excelente refugio para barcos que se dediquen a una campaña de esta especie.

Los Aliados tenían entonces fuerzas muy deficientes en el Pacífico y aun las primeras que los ingleses enviaron fueron del todo insuficientes y sufrieron un grave revés.

Esa campaña de los cruceros alemanes cuesta a Chile la pérdida de muchos millones de pesos, una gran miseria popular, la desorganización de sus principales industrias y, lo que es peor, la humillación de sentirse impotente para hacer respetar su neutralidad contra una empresa que nada respetaba.

Los gabinetes europeos no comprendieron al principio lo que ocurría en aquellas costas, lo que se explica perfectamente por lo urgente y extraordinario de las circunstancias. La prensa de los aliados fué injusta con el Gobierno y el pueblo de Chile. Por suerte, la Cancillería Británica tuvo luego informaciones completas y reconoció la buena fe con que nuestras autoridades luchaban en medio de dificultades enormes contra los atropellos alemanes y la sinceridad con que la opinión chilena exigía que se pusiera término a un estado de cosas que era ruinoso para nuestro país.

Hubiera sido un milagro que el Gobierno de Chile hubiera podido impedir en absoluto aquellas violaciones de su neutralidad con su pequeña y anticuada marina de guerra, con una costa tan extensa, despoblada y llena de accidentes, y contra el carácter desesperado que los cruceros germánicos daban a su campaña.

La solución la halló la escuadra británica que destruyó esos cruceros en los combates de las islas Falkland y de Juan Fernández. Desde ese día, Chile comenzó a rehacer su actividad comercial e industrial y ha logrado después volver a la normalidad hasta donde es posible durante la guerra.

VII

El haber sentido en carne propia los efectos de la actitud de Alemania con los pueblos débiles, el haber visto allí mismo, en nuestra costa, atropellos del derecho, violaciones de la neutralidad, constituyó para los chilenos una lección objetiva muy eficaz y que fué bien aprovechada.

Aun los admiradores de Alemania, los que habían puesto

en duda o atribuido a exageraciones los documentos publicados y las versiones trasmitidas sobre los sucesos de Europa, los que más se extasiaban ante la organización germánica que habían estudiado en tiempo de paz, comprendieron el peligro que una Potencia con tales métodos y tal mentalidad ofrecía para Chile como para todos los pueblos que tienen la resolución de conservar su libertad y su soberanía, ajustando sus actos al derecho público de las naciones.

La presión de la opinión chilena desfavorable a Alemania comenzó a sentirse con más fuerza. La propaganda germánica bajó el tono al mismo tiempo que la de los Aliados alcanzaba una mejor organización. Se multiplicaron las informaciones de todo género que iban revelando el carácter íntimo de la guerra.

Unos diarios, como *El Mercurio*, sin dejar de ser respetuoso hasta el último extremo de los sentimientos de todos los beligerantes residentes en Chile, cosa a que le obliga la hospitalidad tradicional del país, no disimuló su simpatía por la causa de los Aliados. *El Diario Ilustrado*, de tendencias conservadoras, pero que no es órgano oficial de ese partido, asumió una actitud reservada que más bien parecía un esfuerzo para no comprometerse ante su público, en el cual adivinaba opiniones opuestas, que falta de un convencimiento propio.

El único diario importante que hubiera podido en los comienzos ser tildado de germanófilo, *La Unión*, órgano del partido conservador y del clero, modificó sensiblemente su tono y tuvo acentos de piedad para Bélgica y de protesta contra ciertos actos germánicos. Una coincidencia curiosa dentro de los movimientos ministeriales chilenos hizo que fueran estadistas ligados al partido conservador por pactos políticos, como los señores Salinas y Villegas, quienes tuvieron que luchar contra las violaciones de la neutralidad de Chile cometidas por los alemanes, y que fuera un joven y distinguido miembro del partido conservador, el señor Lira, el que se vió obligado a declarar en una nota a la Legación alemana en Santiago que no continuaría con ella la discusión de materia alguna, mientras el Gobierno alemán no contestara a las varias reclama-

ciones que el de Chile tenía presentadas hacia varios meses.

Por último, las campañas de los submarinos y de los zepelines, la destrucción de vidas inocentes, la muerte de centenares de civiles, de ancianos, mujeres y niños que viajaban en barcos mercantes o que dormían en sus habitaciones en ciudades abiertas a gran distancia del teatro de la guerra, acabaron de indignar a la opinión chilena. El caso del *Lusitana* fué condenado unánimemente, por toda la prensa sin excepción, y así lo han sido las repeticiones de aquel hecho.

Al cabo de año y medio de guerra se pueden definir con más precisión los puntos acerca de los cuales la mayoría de los chilenos parece haber llegado a un acuerdo.

La mayoría del pueblo de Chile reconoce que hay razones jurídicas en el interés de la civilización y de la humanidad, en defensa de los principios constitutivos de todas las democracias, y a fin de salvar de la destrucción la civilización latina a la cual pertenecemos, para desear el triunfo de los Aliados y la supresión definitiva del militarismo alemán.

Se ha formado conciencia acerca de algunos puntos fundamentales que podrían resumirse de esta manera:

1.º Que Alemania provocó esta guerra cuando lo creyó conveniente, después de haber preparado a su pueblo en una labor de más de cuarenta años por medio de una educación y organización cuyo único objetivo era agredir a Europa con propósitos de conquista.

2.º Que una mentalidad semejante capaz de someter toda la existencia de un pueblo a un fin de agresión y conquista pugna contra las nociones modernas de libertad, de fraternidad humana y de progreso moral.

3.º Que el triunfo de una nación en la cual se proclama la necesidad militar como única razón para violar los tratados, se establece la fuerza como única fuente de autoridad, y se niegan a las nacionalidades sus libertades esenciales, sería el mayor peligro que podrían correr las democracias modernas y todos los principios a cuyo impulso se hizo la independencia americana.

4.º Que los métodos de guerra preconizados por los

escritores alemanes, sancionados en sus reglamentos, y aplicados en las campañas de 1914-15 son contrarios a las nociones de humanidad que el cristianismo difundió en el mundo y violan las convenciones adoptadas entre los pueblos civilizados para hacer que la guerra pierda los caracteres de inútil y bárbara crueldad que tenía en las edades primitivas.

5.º Que existe en el fondo de esta lucha el conflicto entre las dos tendencias filosóficas y políticas que se han disputado el dominio de los pueblos y la inspiración de sus movimientos: una que se basa en la fuerza y otra en el derecho, una en la libertad y otra en la sujeción, una en la fraternidad y otra en los odios cultivados como un principio sagrado y casi místico.

No creo equivocarme al decir que sobre estas cuestiones fundamentales la opinión chilena está de acuerdo. Es decir, lo está la abrumadora mayoría, sin que falten gentes que piensen de diversa manera.

En todos los países existen los admiradores de la fuerza y de sus éxitos transitorios, cualquiera que sea su significado moral. Hay elementos flotantes en distintas clases de la sociedad para quienes la invasión, la destrucción de ciudades y de vidas aparece como una señal de superioridad. La filosofía simplista del hombre de la caverna tiene todavía partidarios.

No faltan en Chile personas que no han perdido su admiración por lo que se llama la organización alemana y el poder galvanizador de sus métodos. No todos se dan el trabajo de examinar los resultados que produce esa tan decantada organización cuando se la aplica al servicio exclusivo de la fuerza brutal y de una ambición que no reconoce barreras morales.

Acaso el mayor número de los amigos que todavía cuenta en Chile la causa alemana se hallaría entre el clero y ciertos grupos de católicos militantes. No por cierto entre los más cultos y mejor informados.

En el comienzo de la guerra muchos miembros del clero chileno sufrieron la misma perturbación de criterio en que aún permanece el clero español: creyeron que en esta guerra el Imperio Germánico era una especie de agente

de la Providencia para castigar a Francia por haber expulsado las congregaciones.

Esta interpretación un poco libre y de dudosa ortodoxia, envolvía una injusticia cruel contra la católica Bélgica y contra los millones de fervientes católicos franceses e ingleses. Pero no era toda la culpa de los que así adoptaban con ánimo ligero el «viejo Dios Alemán» que el Emperador Guillermo invocó tantas veces en sus primeras proclamas. El Vaticano, todos lo sabemos, no tenía en aquellos días una política clara y definida. Corrían versiones explotadas por la propaganda alemana que mantenían en dolorosa inquietud a los pueblos católicos que figuraban entre los aliados. Hombres de gran fe religiosa se preguntaban si se les iba a obligar a escoger entre sus sentimientos patrióticos y el sometimiento a una política romana que, dentro de la más perfecta ortodoxia, podían juzgar errónea.

El clero de Chile comprendió el peligro aun antes de que el Vaticano hubiera dado muestras de que no vinculaba los intereses del catolicismo al Imperio aliado del mahometismo, que destruía iglesias y fusilaba sacerdotes en Flandes, mientras sus agentes predicaban en Asia y África la guerra santa contra el cristianismo.

Por otra parte, ni antes ni después el clero o los católicos que simpatizaban con la causa alemana hicieron pública manifestación de sus sentimientos. Su órgano oficial, ya lo he dicho, mostró que no deseaba ser considerado germanófilo. Y lo que es más importante, no pocos sacerdotes respetables y hombres distinguidos de valer intelectual, profesores y profesionales, no ocultaron sus convicciones enteramente favorables a los Aliados. Uno de los profesores más eminentes de la Universidad Católica de Santiago, don Juan Enrique Concha, que con tanto brillo ocupa la cátedra de Economía Social, ha mostrado en publicaciones recientes sus simpatías por los Aliados, su convencimiento de que sostienen una causa justa, y ha dejado ver su especial admiración por Francia cuyas escuelas económicas han sido objeto de sus estudios desde hace varios años.

La guerra nos ha revelado un mundo de ideas que

presentiamos y que nos acercan a los pueblos latinos de Europa con los cuales tenemos comunidad de origen, de intereses morales y de rumbos de cultura.

Nuestra civilización tiene un origen puramente latino. Procede en primer término de España y ha sido modificada esencialmente por la influencia francesa que hemos recibido durante todo el siglo XIX.

No podemos concebir una evolución que nos llevara a caminos opuestos a esos. Cuando un pueblo tiene una raza definida, con una historia que le ha permitido constituirse en una nacionalidad bien determinada, no puede aceptar un cambio de civilización impuesto por una influencia externa, sin renegar de sí mismo y renunciar a su carácter y su constitución esencial.

Dispuestos estamos a recibir las influencias de otros países y a tomar de cada uno de ellos lo que nos parezca convenir mejor a nuestro progreso. Mucho nos place sentir que en Chile se verifican esas fusiones de ideas en las cuales las culturas diversas influyen las unas sobre las otras.

Pero hay un fondo esencial determinado por nuestro origen y nuestra primera formación intelectual que nadie será osado a tocar. La forma imperativa, avasalladora, absorbente de toda penetración alemana, tal como la comenzábamos a sentir en nuestro país y como la ha revelado con mayor claridad la guerra actual, es incompatible con la existencia de una nación libre y sólo puede aplicarse a pueblos que se suicidan.

Nosotros deseáramos que los que hoy son Aliados siguieran manteniendo su acuerdo después de la guerra para bien de la humanidad y constituyeran un núcleo que debería ser centro para la solución de muchos problemas humanos que nos interesan. Ellos serían de esta manera los campeones del nuevo ideal.

Se habla mucho de la renovación del ideal latino. La expresión es todavía vaga y sería menester precisarla en palabras y en hechos. Si ese ideal latino consiste en el respeto del principio de nacionalidad en una forma efectiva, en la difusión de la cultura que nació en Roma y que ha llegado a producir las libertades de que hoy gozan o a que aspiran

los pueblos contemporáneos, en el predominio del derecho sobre la fuerza, en una labor para hacer la existencia humana mejor y más bella, en la cooperación internacional para elevar las condiciones morales y materiales de la vida de todos los pueblos, el ideal latino es el nuestro, es el de nuestra joven democracia.

Para que los países americanos entren en ese ideal es menester, a mi juicio, que las Potencias europeas que lo encarnan, lo pongan como base de las futuras relaciones con las nacionalidades del nuevo continente, reconozcan a éstas su posición en la asamblea de los pueblos cultos, comprendan que esos países son la humanidad futura que ya está en marcha y tienen una personalidad propia.

Desde el Canadá al Estrecho de Magallanes, desde Australia y Nueva Zelanda al África Austral, hay un mundo que fué engendrado por Europa y que pronto llegará a su mayor edad. Sus orígenes son españoles, británicos y franceses. La raza germánica ha probado mejores facultades para destruir nacionalidades que para crearlas.

La política del futuro debería basarse en el convencimiento de que el progreso de la humanidad no puede hacerse sino por el acuerdo íntimo, leal, desinteresado, entre las naciones de Europa y las de ese mundo nuevo. Sin ese acuerdo ni la vida política, ni la intelectual, ni la económica de Europa podría alcanzar después de la guerra su perfeccionamiento, ni aquellas naciones que ahora se despiertan a la actividad en todos los órdenes podrían completar su evolución.

Las fuerzas que aún faltan a la juventud de nuestros pueblos americanos tenemos que buscarlas en Europa. Los bálsamos que curarán las heridas del viejo continente, hoy desgarrado y sangriento, sólo se hallarán al otro lado de los mares.

París

CARLOS SILVA VILDOSOLA

La CASA EDITORIAL FALCÓ & BORRASÉ solicita agentes en todos los pueblos de la República. Diríjanse al apartado 638, San José, Costa Rica.

Cómo es mi Musa

*Antes quiero advertiros: no es mi Musa
la bella huri que entre sutiles velos
y pulsando encantada lira de oro
inspira al trovador sonoros versos;
ni esperéis que cual otra Juana de Arco
os deslumbré con bélicos arreos.
Es ella una infeliz Cenicientilla
habituada a vagar por los estrechos
callejones do reina la miseria
buscando a los que sufren: recogiendo
el llanto de la viuda, los guijarros
que erizan el camino de los huérfanos,
las iras que provoca la injusticia,
los ayunos del pobre... sus anhelos...
De noche, cuando todo yace en calma,
y al colarse en las grietas gime el viento,
en vez de encaminarse a los palacios
a gozar de los báquicos festejos,
ella suele subir a las buhardillas
y llegar de repente, sorprendiendo
tristísimas escenas que, apreciadas
a través del cristal del sentimiento,
me refiere después con su armonioso
lenguaje desprovisto de aderezo.*

*Cuando ella está de humor, cuando está alegre,
mientras monda patatas junto al fuego,
se entretiene en cantar, acompañada
por el agua que hierve en el puchero.*

Escúchase su voz, y sus cantares
no serán repertorio de concierto,
pero sabe sentirlos, y eso basta;
los dice con el alma, y eso quiero.
Para el niño juicioso y aplicado
que al estudio tributa sus esfuerzos;
para aquella afanosa huerfanita
que da vida al hogar con sus gorgeos
de alegre pajarillo, y los cuidados
de madre cariñosa toma en serio;
para el ser compasivo que hace propios
los ajenos pesares... para ellos
solos guarda su voz festivos cantos,
y reserva también dulces acentos.

Mi Musa nunca sabe de vestidos
costosos, ni de joyas ni aderezos;
pero bajo sus miseros harapos
palpita un corazón sencillo y bueno.
Es muy joven; no tiene la experiencia
que regula los actos de los viejos,
mas en cambio se embriaga de «Ilusiones»,
el licor que sostiene con su aliento
la tenaz voluntad, y le da bríos
con que pueda escalar hasta los cielos.

Es también entendida jardinera:
Ella cuida el vergel de mis ensueños
procurando que siempre esté florido,
que no lleguen hasta él—viles insectos
que persiguen la flor—«los desengaños»,
pues que sabe muy bien que yo no puedo

prescindir del aroma que perfuma
el correr de mi vida... que el momento
escapado al rigor de la faena,
lo disfruto gozosa en mi risueño
jardinillo do esparce su fragancia
el hermoso rosal de mis afectos.

¡Oh mi Musa gentil! ¡Cómo bendigo
tantas horas felices que te debo!
¡Quién me diera la mágica varita
que operara milagros en tu obsequio!
Pero siempre que intentas transformarte
y pretendes salirte de tu centro,
dan las doce traidoras y te vuelven
otra vez a tu escoba y a tus suecos.

EOSINA

Eosina es una joven costarricense, inteligente y dulce, que poco a poco habrán de apreciar nuestros lectores.

Hablar de un Viejo Mundo y de un Nuevo Mundo es hablar en lengua muerta. El mundo es uno, la humanidad toda va—como vulgarmente se dice,—en la misma barca. Los pasajeros se multiplican, pero la barca conserva su tamaño. Y a quienes sacudan la embarcación y la pongan en peligro de zozobrar, debe sujetárseles por la fuerza. No puede América separarse de los destinos de Europa, como no puede divorciarse de las leyes naturales que rigen al universo.

La catástrofe de Europa está sacudiendo la nave del Estado Americano de babor a estribor. Puede que haya en la cala ciudadanos que no lo hayan notado; en una población de cien millones tiene que haber algunos imbéciles.

OWEN WISTER

(El Pentecostés de la Catástrofe).

Kultura

(Despotismo ilustrado)

PALABRAS DEL DR. DIÉGUEZ en *El Foro* (15 de Junio de 1916).

Jamás los actos de buena administración, en el sentido de anhelos por el mejoramiento material, podrán compensar los actos de tiranía. En esa supuesta compensación está fundada la doctrina de las excelencias del despotismo ilustrado; doctrina falsa, porque enseñando la ciencia política, que la misión principal del Estado, y por consiguiente, de los mandatarios que lo representan, no es la de conducir a los pueblos en andaderas, como a niños entecos y enfermizos, sino la de mantener la vida del derecho en todas sus esferas, el gobernante que rompe la armonía de la legalidad, y de simple jefe del Estado, se convierte en director omnipotente de todas las actividades de la nación, además de perjuro, infidente a su mandato sagrado, y usurpador, es torpe, porque a fuerza de sustituir al país en el ejercicio de sus energías, concluye por atrofiarlas. ¿Qué diríais del ayo real que, encargado de la educación del sucesor a la corona, destinado a gobernar y a gobernarse en lo futuro, se empeñara en modelar en el cerebro de su imperial pupilo, el alma de un esclavo, aunque, eso sí, cuidando de vestirle bien y engordarle?

La doctrina del despotismo ilustrado, política materialista que no contempla sino las realidades de la vida animal, es una componenda deshonrosa para los

pueblos que la aceptan, porque supone esta transacción: «Venga enhorabuena el ultraje, si viene acompañado de un pedazo de pan.»

Sólo las barreras del derecho; sólo el imperio absoluto e incondicional de la legalidad, pueden servir de defensa a los pueblos contra sus tiranos, y a las entidades internacionales débiles contra las fuertes. Por eso, glorificar al despotismo ilustrado, negación de la vida del derecho, es un suicidio.

Sir Edward Grey, ministro inglés de Relaciones Exteriores, ha mostrado, por importantes declaraciones hechas al corresponsal del diario norteamericano *The Chicago Daily News*, que, acerca de este asunto, hay unanimidad de pareceres entre su gobierno y Francia. He aquí lo esencial de sus declaraciones:

«Nosotros y nuestros aliados luchamos por una Europa libre, una Europa libertada no sólo de la dominación de una nacionalidad por otra, sino también de la diplomacia fanfarrona, del peligro de guerra, del ruido de la espada siempre dispuesta a desenvainarse, de las continuas alusiones al brillo cegador de las armaduras y a los dioses guerreros; luchamos por la igualdad de derechos, por el respeto a las leyes de justicia, por la paz y la civilización en el mundo entero contra la fuerza bruta, la cual no conoce freno alguno, ni concede merced.

«Lo que se propone Prusia, es una Europa amoldada a Prusia y gobernada por ella, quien, de este modo, dispondría de las libertades de sus vecinos y de nosotros todos. Opinamos que, en tales condiciones, es intolerable la vida, y, como dicen Francia, Italia y Rusia, combatimos la idea alemana de que las guerras incesantes son en sí saludables y casi de desear. La filosofía alemana enseña que la paz permanente entraña la degeneración. El predominio de tal filosofía trae como consecuencia las continuas alarmas, la ansiedad de los armamentos siempre crecientes y la paralización de la civilización humana.»

AL DOCTOR LAFOSSE:

Mucho me interesan sus preciosas observaciones. Es una gran fortuna para Eos el contar con un lector tan inteligente e ilustrado.

....Pero ¿cómo responder a sus críticas? ¿cómo defenderme? ¿Ni cómo meterme yo a explicar el pensamiento de Bergson o el de Dastre?

En español decimos: «mal de muchos, consuelo de tontos». Y somos esta vez muchos, muchísimos, los que no vemos claro. Casi diría yo que la desgracia es universal, sin que pueda saberse quiénes son los que se enredan más. Aun los filósofos que se colocan sobre un cómodo terreno de hipótesis, no logran salir completamente airosos. Nuestro amigo Colins, por ejemplo, no obstante el haber cortado el nudo de la cuestión, afirmando—contra toda evidencia—que existe un abismo entre el «hombre» y los «animales», se ve obligado a admitir en su disertación *logo-arquista* estas dos cosas incompatibles: la «libertad del alma» y la «justicia eterna».

La justicia eterna es precisamente lo que nosotros llamamos determinismo.

A mi juicio, la verdad es que la mayor parte de las contradicciones son puramente verbales. En el fondo, no creo yo que haya gran diferencia entre el filósofo Lafosse y el filósofo Bergson.

E. J. R.

Ustedes saben que es frecuente atribuir los éxitos de Inglaterra al maquiavelismo de sus hombres políticos. Por eso hay en todos los idiomas europeos una frase análoga a la nuestra sobre la «pérfida Albión». Ustedes saben también que esa frase me parece nacer en profunda ignorancia de la psicología inglesa. Lo característico de los ingleses es la imprevisión, pero también la energía con que acuden a los conflictos que su imprevisión origina. El maquiavelismo es tan raro en Inglaterra como la originalidad en Alemania.

RAMIRO DE MAEZTU

SEÑOR DON ELÍAS JIMÉNEZ

Mi estimado señor:

Ya sé, su «Respondiendo» de «Eos», fué escrito a propósito de unas líneas que tuve el atrevimiento de escribir en un libro suyo.

Permitame explicar un poco más el pensamiento allí esbozado.

No, yo no creo que la evolución zoológica haya alcanzado la perfección. Ignoro si se alcanzará algún día. Dije sencillamente lo que mis sentidos creen percibir, lo cual puede ser un engaño, no digo que no.

Dice usted: «vamos a la perfección». Sí, talvez, pero luchando. Caminamos hacia la Armonía, escuchando los gemidos de los que resultan aplastados por los pies de los más fuertes. Noto que a la Vida no le importan nuestros dolores ni nuestras alegrías. Para alcanzar sus fines que ignoramos, a veces nos hace reír y otras llorar.

Quizá yo no me sé explicar y llamo «lucha por la vida» lo que en el lenguaje de los que saben tiene otro nombre.

Explíqueme usted, señor, que siempre sus lecciones serán escuchadas por mí con devoción y gusto.

Servidora,

MARÍA ISABEL CARVAJAL

Yo no soy de los que saben. Empleo la expresión «afán de la vida» en vez de otra que generalmente es usada «lucha por la vida», porque no soy poeta ni filósofo ni naturalista. Usted no lo ignora: soy químico, de oficio.

Bien sé que hay luchas o conflictos en la vida; pero no comprendo que se hable de estos conflictos como de algo *condicional* de la vida. Me choca tanto esto como me chocaría la siguiente afirmación: «para que dos candelas ardan bien, es necesario que las luces interfieran». Las luces interfieren corrientemente, aquí y allá, pero tal interferencia no es una condición de luminosidad.

La vida de un organismo—cual la vida de la candela—se mide por su *exteriorización*. Y esta exteriorización es tanto más intensa cuanto menores sean las dificultades que encuentre. ¿Le parece a usted una perogrullada esta afirmación? Pues los naturalistas alemanes que han pretendido hacerse los intérpretes del francés Lamarck y del inglés

Darwin, sostienen lo opuesto. Lo que es un accidente desgraciado y *contrario* a la vida, ellos lo han convertido en *condición de desarrollo*.

Volviendo a las candelas y queriendo hablar en alemán habría que decir:

«Para que las candelas ardan bien, es preciso encerrarlas, a fin de que se estorben recíprocamente y que las más grandes agoten en su propio provecho el oxígeno y asfixien a las pequeñas».

...Ya la oigo, muy estimada señorita. «Yo no sé si convenga o no que se estorben las candelas en el mundo. Yo no sé si es o no necesario que estén encerradas, pero le aseguro que encerradas están»—Y el químico replica: Para la producción total de luz, calor, gas carbónico, etc., que mis candelas realizan, sería absurdo admitir la conveniencia de un conflicto químico entre ellas. Y es falso también que estén encerradas o expuestas a falta de oxígeno en un mundo en el cual no sólo candelas hay, sino que existen a la par plantas, mares, etc., y todo se arregla y equilibra de manera que el fenómeno químico que aquí se hace con gasto de oxígeno y con producción de calor, luz y gas carbónico, provoca forzosamente al lado otro fenómeno químico que se hace inversamente con gasto de calor, luz y gas carbónico y con producción de oxígeno. En el inmenso laboratorio del Universo todo tiende hacia el intercambio o mutua ayuda o armonía fenomenal.

La justificación científica de la guerra es lo que yo no puedo admitir.

ELÍAS JIMENEZ ROJAS



Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis

por Vicente Blasco Ibáñez

Esta hermosa novela está de venta en la Librería de FALCÓ & BORRASE, 7.^a Avenida, Este, número 42.

Precio: ₡ 2.25. Por correo ₡ 2.55.